

Lo que sea de cada quien

El día en que Julio Castillo lloró

Vicente Leñero

En 1969 —o por ahí—, el divino Héctor Mendoza decidió encomendar una comedia de su autoría a su discípulo Julio Castillo. Un año antes, Julio había causado expectación cuando dirigió en teatro estudiantil su primer montaje: *Cementerio de automóviles* de Arrabal. El chamaco de veinticuatro apuntaba ya como un teatrero imaginativo, audaz, locochón, en la línea de Jodorowsky y Gurrola.

Al parecer, la comedia de Mendoza —*Los asesinos ciegos*— adolecía de todos los defectos costumbristas y melodramáticos de los dramaturgos de los años cincuenta. Entonces Julio Castillo, para salvar o hundir socarronamente a su maestro, urdió un montaje disparatado y grotesco con puntadas sin fin que nada tenían que ver con el texto: como la de meter un ring en el foro para una pelea conyugal, o la de usar televisores para transmitir en el lobby del Teatro Granero un estúpido combate a sablazos entre los actores. La obra resultó espantosa. Se hundieron los dos: Mendoza y Castillo. Julio continuó haciendo locuras pero también grandes montajes: *Vacío*, *El príncipe de Hamburgo*, *Los bajos fondos*. Se pitorreaba de la dramaturgia pero se volvió importante. Todos los dramaturgos lo buscaban.

—Si no te importa que altere tus textos, acéptalo como director —le aconsejé a Jesús González Dávila cuando se planeaba el montaje de su *Rufino de la calle*.

Aunque González Dávila enfureció en un primer momento con los cambios planeados sin su consentimiento por Castillo, se tranquilizó y hasta se alegró cuando *De la calle* resultó un exitazo.

Algo semejante le ocurrió años antes a Víctor Hugo Rascón, en 1983, con la escenificación de *Armas blancas*: cuatro obras breves, realistas, que Julio Castillo decidió

montar muy alteradas, en ¡el sótano! de la Facultad de Arquitectura en Ciudad Universitaria. En complicidad con Alejandro Luna idearon un espacio incómodo, con gradas para un público encerrado que no podía abandonar el lugar rumbo a la salida, sino por el foro donde ocurría la acción.

El elemento provocador consistía en que, de pronto, dos varones jóvenes se bañaban encuerados y muy juntitos bajo una regadera a centímetros de los espectadores.

Por supuesto Julio Castillo había hecho enojar a Víctor Hugo por tantas alteraciones al texto como ésa, pero también aquí el escandaloso montaje resultó un exitazo y el dramaturgo terminó encantado con la temporada.

Esa misma puesta de *Armas blancas* fue invitada al VI Festival Internacional de Teatro en Caracas, y Castillo y Alejandro Luna tardaron en buscar, hasta encontrarlo, el lugar ideal para un montaje semejante al de México: un viejo cine semiderruido, inhóspito, en el que se produciría el efecto de encierro. El público quedaba irremediablemente atrapado y para entrar o salir se hacía necesario cruzar por el foro donde ocurría la acción.

Cuando llegó la tal escena de la ducha con los jóvenes encuerados se produjo el escándalo. Entre abucheos, silbidos, gritos contra la inmoralidad de la escena, los espectadores se levantaron de sus asientos en busca de una salida. Como no la había, rompieron el encierro y empezaron a abandonar el salón cruzando entre los actores encuerados violando el sagrado territorio de la ficción. Les valió madres. Más de media audiencia —así, rapidísimo— cruzó por los improvisados camerinos mentando madres hasta llegar a la calle.

Lo que había sido un éxito en México, resultó en Caracas un fracaso. Se tildó a

la obra no sólo de pornográfica sino de estúpida.

A la mañana siguiente de la malhadada función encontré a Julio Castillo en el restorán del hotel. Ahí estaban también, con semblantes de velorio, Alejandro Luna, Víctor Hugo Rascón, Carlos Giménez, director del festival, y Emilio Carballido. Sólo Carballido sonreía irónico.

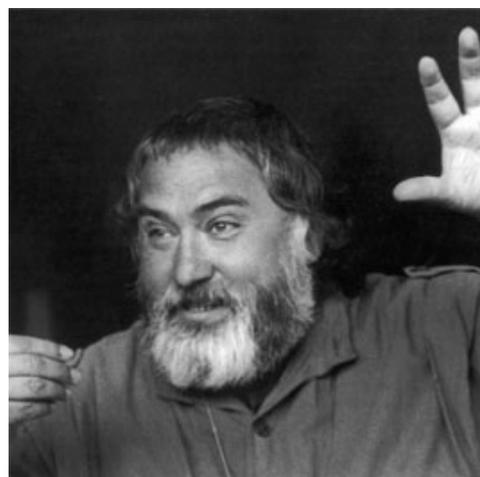
Como yo no había asistido a la representación, Julio me contó el incidente del público interrumpiendo la obra en su estampida, atropellando a los actores, rompiendo muebles, insultando a los responsables.

—Ustedes tuvieron la culpa —regañó Carballido—. Al público de teatro no se le encierra nunca. Si se quiere ir, con todo su derecho, busca por dónde y arrasa con todo. No se le puede detener a la fuerza. Eso fue una tontería.

Abrumado, hundido en su gordura, mesándose las barbas cochambrosas, seguramente crudo, pedo aún, Julio musitó:

—Era espantoso, horrible, hubieran visto. La gente se largaba de mi obra, se largaba, se largaba, se largaba insultándonos...

Fue entonces cuando Julio Castillo se soltó a llorar como un niño. **U**



Julio Castillo

© Rogelio Calder